

Deletrea «criatura» apoyándote en la «i» — agregó él. En ese momento el unicornio pasaba junto a ellos, con las manos en los bolsillos.

—Yo hice cuanto pude — le dijo al rey; después lo miró, siempre sin interrumpir su paseo.

—Poco a poco — repuso el rey algo nervioso —. No pudiste atravesarlo con tu cuerno; lo sabes bien.

—Ningún daño le hubiera hecho — le replicó el unicornio con desdén —. En ese momento sus ojos tropezaron con Alicia. Se detuvo, mirándola con aire de disgusto.

—Qué... es... esto? — preguntó al fin.

—Esto es una niña — respondió Fidel con entusiasmo, y acto seguido se plantó ante Alicia para presentarla, con los brazos extendidos sobre ella en una actitud enteramente anglosajona —. La hemos encontrado hoy.

—Yo creí siempre que *eso* eran monstruos fabulosos — observó el unicornio —. ¿Y está viva?

—Está viva y sabe hablar — contestó Fidel solemnemente.

El unicornio, atemorizado, contempló a Alicia unos momentos.

—A ver, habla — le dijo.

Alicia no pudo reprimir una sonrisa.

—Debes saber — comenzó — que yo también había creído siempre que el unicornio era un monstruo fabuloso. Jamás vi uno vivo.

—Está bien. Ahora que nos hemos visto mutuamente, creerás en mí, y yo creeré en ti. ¿Hacemos ese trato?

—Si te place, hagámoslo.

—¡Vamos, anciano, manda a buscar la torta de manzanas! — añadió el unicornio dirigiéndose al rey —. ¡Nada de pan moreno para mí!

—¡Es verdad, sí, es verdad! — balbucía el rey hacién-

dole señas a Fidel —. ¡Ab...
¡Pronto! ¡No, ése no!... ¡E...

Fidel extrajo de la alforja manzanas y se lo dió a Alicia en seguida, de la misma, sacó. Cómo salieron estas cosas, prenderlo, y pensó que era una gitación.

Mientras tanto el león se con los ojos medio cerrados, liento.

—¿Qué es esto? — exclamó Alicia; su voz era tan profunda como una enorme campana.

—¿Qué es? — repitió el león. Nunca lo adivinarías! Tampoco.

El león, con aire aburrido,

—¿Eres un animal?... ¿Un animal?... — preguntábale; y lanzaba espantosos bostezos.

—¿Es un monstruo fabuloso sin darle a Alicia tiempo de contestar?

—Bien, monstruo, reparte echándose en el suelo, con el león y las lanternas —. Y vosotros — añadió al unicornio —, sentaos también a la torta, ¿estamos?

El rey no se hallaba muy contento por de fieras, pero como no le había más remedio que sentarse allí.

—¿Qué pelea podríamos hacer el unicornio, mientras lanzaba una corona del pobre rey, que se caía de la cabeza, a causa del temblor.